

# Recuerdos de Anna Ajmátova

*Una conversación de  
Joseph Brodsky con Solomon Volkov*

Traducción del ruso de  
ERNESTO HERNÁNDEZ BUSTO



Published by arrangement with *Nezavisimaya Gazeta*

Edición: Pablo de Cuba Soria

© Logotipo de la editorial: Umberto Peña

© Fotografía de cubierta: *Retrato de Anna Ajmátova*,  
de Kuzma Petrov-Vodkin, 1922

© 1992 by Joseph Brodsky

© Solomon Volkov, 2019

© De la traducción y el prólogo:

Ernesto Hernández Busto, 2019

Sobre la presente edición: © Casa Vacía, 2019

[www.editorialcasavacia.com](http://www.editorialcasavacia.com)

[casavacia16@gmail.com](mailto:casavacia16@gmail.com)

Richmond, Virginia

Impreso en USA

ISBN: 9798321715178

© Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones que establece la ley, queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del autor o de la editorial, la reproducción total o parcial de esta obra por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias o distribución en Internet.

*La página y el fuego, el filo y los cabellos,  
los granos y la piedra redonda del molino,  
los susurros y el ruido: Dios lo conserva todo,  
máxime las palabras de amor y de perdón,  
que es como si brotasen de su propia garganta.  
Entrecortado el pulso, la sangre late en ellas,  
y el crujir de los huesos al dar contra la pala.  
La vida es una sola, de sus labios mortales  
brotan llanas, pausadas, las palabras. Más claras  
que si nos alcanzaran desde lo ultraterreno.  
Alma grande y excelsa: por ser tú quien las dijo,  
te hago una reverencia a través de los mares;  
me inclino ante tu parte corruptible que yace  
en la tierra natal a la que devolviste  
el don de la palabra para los sordomudos.*

“En el centenario de Anna Ajmátova”

Joseph Brodsky

(Traducción del ruso de EHB)

## DE KOMÁROVO AL VILLAGE

Hace poco más de quince años cayó en mis manos un folleto, editado por la *Nezavisimaya Gazeta*, donde se transcribía una larga conversación entre Joseph Brodsky y el periodista Solomon Volkov, a propósito de Anna Ajmátova. El librito, con portada negra, tenía todavía las características de aquellas megaediciones de la era soviética: papel barato, letra minúscula y diseño editorial casi inexistente, aunque se había impreso después de la *perestroika*, cuando la literatura rusa decidió rescatar a su emblemático escritor exiliado, con la esperanza de un regreso que al final sólo fue literario. Aquel modesto folleto era el emblema de un programa y de una convicción que sacudió a la Unión Soviética a principios de los años 90: la literatura rusa había conseguido sobrevivir a su infierno y a su purgatorio, y todas sus grandes figuras pertenecían, a fin de cuentas, a la misma tradición.

Me impresionó la cantidad de información que allí se desgranaba sobre un periodo interesantísimo en la historia de la cultura soviética: el que se extiende desde 1961, año en que Brodsky conoció a la poeta viva más importante de su lengua, hasta 1966, fecha en la que Ajmátova falleció, y la Unión Soviética vivió

las paradójicas circunstancias de un duelo nacional a media voz.

Esos cinco años de amistad entre Brodsky y Ajmátova bastaron para que el primero la considerase uno de sus mentores poéticos, es decir, una de esas dos figuras (el otro será W. H. Auden), cuyo magisterio vital le había resultado igual de significativo que su obra literaria. Junto a las fotografías de su familia, fotos de Ajmátova y de Auden presidieron el escritorio de Brodsky en sus diversos domicilios, hasta su muerte, de un infarto, en 1996. Eran como una suerte de ángeles tutelares, recordatorios de amistad y entereza, manes de escritura.

En pocas tradiciones poéticas como la rusa, la vida y la obra de un escritor constituyen una unidad tan indisoluble. En Brodsky, la estética apunta siempre hacia una moral del uso de la lengua: el poeta usa sus herramientas para conseguir al mismo tiempo la perfección formal y la trascendencia ética.

Para un comentarista liviano, la amistad entre Brodsky y Ajmátova podría parecer la típica relación de un poeta de la nueva generación con la gran dama del acmeísmo, figura legendaria de algo que, aunque no estaba muy distante en el tiempo, parecía ya otra civilización. Cuatro jóvenes amigos (Anatoli Naiman, Yevgueni Reim, Dimitri Bobishev y el propio Brodsky), a los que luego la vida separó por diversas razones, solían visitar a la primera personalidad que los había tomado en serio como poetas: ellos fueron su “coro mágico”. En realidad, formalmente la poesía de Brodsky no debe mucho a la de su mentora, cuyo

influjo procesó de maneras más complejas, no miméticas. Como ha dicho él mismo, “no fue versificación lo que aprendimos con ella”. Compartían, ante todo, la idea de que el poeta ruso tenía que construir una voz que expresara el alma de un idioma sin rebajarse a lo popular. Ajmátova también introdujo a Brodsky en cierta idea del cristianismo, de sus valores espirituales, y en la concepción de la poesía como un mecanismo similar a la plegaria: el poeta es alguien que habla siempre a una instancia superior. “Cualquier arte se dirige al oído del Todopoderoso” —dirá Brodsky años después, incluso después de aclararnos que nunca fue creyente. Pero toda su poesía, sobre todo al comienzo, gira sobre ese modelo de religiosidad y trascendencia que acompaña a la lengua rusa desde sus orígenes.

Diferencias estilísticas aparte, en el centro de esos diálogos formativos entre Ajmátova y Brodsky estuvo siempre el valor de la palabra y la moral del poeta. “¿En qué consiste el Hombre? —escribe la autora del *Réquiem* en sus diarios: Tiempo, Alma, Espíritu. Un escritor tiene la misión de recrear al Hombre en esas tres dimensiones.” Brodsky, a su vez, le enseñó a su magistra algo sobre lo que ella insiste en sus diarios: “lo principal es la magnitud de la idea”. Sin la ambición de un gran tema, sin esas mayúsculas explícitas o sobreentendidas, no puede haber gran poesía. El último gran proyecto poético que emprende Ajmátova, su *Poema sin héroe*, se debe también a esa certeza.

Según algunos biógrafos, Ajmátova vio en Brodsky una especie de hijo adoptivo, capaz de escapar de la

amargura y el rencor que habían destruido al suyo: Lev Gumiliov. Fue su “descubrimiento” y su discípulo, pero aprendió de él. Por primera vez en la poesía soviética, una voz se atrevía a tratar con los “grandes temas” y a asimilar la herencia de todos los clásicos rusos, incluyendo los prohibidos. El resultado de esa especie de milagro estaba, por fuerza, condenado al exilio.

En el exilio neoyorkino coincidieron Volkov y Brodsky, y durante veinte años conversaron como los típicos emigrados que se encuentran en país ajeno: una mezcla de nostalgia, chismes sobreentendidos y *private jokes*. En el departamento de Brodsky en el Greenwich Village, entre botellas de vodka, fotos, recuerdos y visitas intempestivas, se desplegó la elocuencia de un poeta que devolvió a la tradición rusa el diálogo con Occidente. De Komárovo al Village fluyeron esos recuerdos que constituyen la verdadera dimensión del alma de un poeta. Eso y más hay en estas páginas.

ERNESTO HERNÁNDEZ BUSTO



Brodsky con su gato Mississippi.  
Cheslav Chaplinsky (1987)



## RECUERDOS DE ANNA AJMÁTOVA

SOLOMON VOLKOV: A menudo reparo en que la memoria humana es algo bastante frágil. Hablas con las personas y ves cómo los acontecimientos de un pasado aún reciente se diluyen y sus contornos se vuelven cada vez más imprecisos. Me gustaría reconstruir en nuestra conversación ciertos detalles relacionados con Anna Ajmátova e intentar rescatarlos de la nada, del olvido.

JOSEPH BRODSKY: Con mucho gusto, si es que ya no han desaparecido del todo. No creo que pueda responder a todas sus preguntas. Todo lo que se refiere a Ajmátova es parte de la vida, y hablar de ésta es muy difícil, algo así como querer que un gato se agarre la cola. Le diré una cosa: cada encuentro con Ajmátova resultó para mí una vivencia excepcional. Percibías físicamente que estabas en presencia de alguien mejor que tú. Alguien mucho mejor, alguien que sólo con su tono de voz te transformaba. Su voz o un simple giro de su cabeza bastaban para convertirlo a uno en *homo sapiens*. Nada igual me había ocurrido antes, ni creo que me haya ocurrido después. Tal vez porque yo entonces era joven y las etapas de un desarrollo no se repiten.

Conversando con ella, tomando té o vodka con ella, te convertías más rápido en cristiano —en *persona*, en el sentido cristiano de esta palabra— que al leer los textos sagrados o asistir a la iglesia. El papel del poeta en la sociedad, en gran medida, consiste precisamente en eso.

VOLKOV: Hemos comenzado hablando de la memoria. Al mirar hacia atrás, ¿divide usted su vida en periodos determinados?

BRODSKY: Creo que no.

VOLKOV: ¿Usted nunca se dijo: “esto me pasa cada tres o cada cinco años”? O sencillamente: “hay cierta estación del año que me resulta propicia”.

BRODSKY: Sabe, ya no recuerdo ciertas cosas, ni cuándo fue que me ocurrieron. He perdido la cuenta. No sé exactamente cuándo me sucedió algo, si fue en 1979 o en 1969. Hace ya tanto, ¿no es cierto? La vida se va convirtiendo en una especie de Perspectiva Nevski. Todo se aleja con rapidez y se pierde para siempre.

VOLKOV: Lo que quiero decir es que Ajmátova le daba una enorme importancia a los ciclos en su vida y a la recurrencia de ciertas fechas. En particular, recuerdo que agosto era para ella un mes siniestro.

BRODSKY: Ajmátova tenía mucho mejor memoria que yo. Su capacidad para recordar era asombrosa.

Sobre cualquier cosa que le preguntaras, siempre respondía sin esfuerzo, citando el año, el mes, el día. Recordaba todas las fechas de nacimiento y muerte, y determinadas fechas eran muy importantes para ella. Pero yo no les daba ningún valor a esas cosas. Recuerdo que en dos o tres ocasiones tuvieron lugar hechos desagradables en mi vida a finales de enero, pero fue pura coincidencia. La diferencia en esta actitud hacia los detalles, pormenores, fechas, tiene que ver, por lo visto, con la educación o la autoeducación de cada uno. Por lo que recuerdo, siempre he tratado de apartarme lo más posible de algunas realidades, no de retenerlas. Como resultado, esta tendencia se ha convertido en un instinto, cuyas víctimas resultan ser las circunstancias, no sólo las de tu propia vida, sino también las de los otros —incluso las de un ser querido. Desde luego, todo esto ha estado regido por mi instinto de autoconservación. Pero todo tiene su precio, incluso la autoconservación. De Ajmátova nunca aprendí a recordar —si es que eso puede aprenderse.

VOLKOV: ¿Cuándo y en qué circunstancias conoció a Ajmátova?

BRODSKY: Fue, si no me equivoco, en 1961. O sea, yo tenía 21 años, más o menos. Yevgueni Rein me llevó a su *dacha*. Lo interesante es que no recuerdo con precisión esos primeros encuentros. Yo era incapaz de darme cuenta con quién estaba tratando; para colmo, Ajmátova había elogiado algunos de mis versos, y el elogio nunca me ha interesado. Así que estuve dos o

tres veces en su *dacha* con Rein y Naiman, y un buen día, al volver de visitarla, mientras viajaba en un tren de cercanías totalmente abarrotado comprendí —de pronto, como si un velo cayese de mis ojos— quién era aquella mujer, o mejor, lo que ella representaba. Me vinieron a la mente algunas de sus frases, recordé el giro de su cabeza, y de pronto todas las piezas encajaron en su lugar.

Desde entonces, aunque no puede decirse que fuera un *habitué* de Ajmátova, nos veíamos con cierta regularidad. Incluso un invierno alquilé una dacha en Komárovo. Nos veíamos todos los días, literalmente. No se trataba de una afinidad literaria, sino más bien humana, una cuestión —me atrevería a decir— de afecto mutuo.

Por cierto, una vez ocurrió algo digno de recordar. Estábamos sentados en la veranda, donde tenían lugar todas las conversaciones y también los desayunos, las cenas y demás, cuando de pronto Ajmátova dijo: “En realidad, Joseph, no entiendo qué pasa. A usted no pueden gustarle mis versos”. Yo, desde luego, protesté vivamente, le dije que sucedía todo lo contrario. Pero ahora, en retrospectiva, en cierto modo me doy cuenta de que ella tenía razón. O sea: aquellas primeras veces que fui a verla no me interesaban mucho sus poemas. Incluso apenas los había leído. A fin de cuentas, yo era un joven soviético común y corriente. Su “Rey de ojos grises” no me decía nada, como tampoco “el guante de la mano izquierda”. Nada de eso representaba, a mi entender, un gran logro poético. Así pensaba hasta que tropecé con sus otros poemas, los posteriores.

VOLKOV: ¿A qué poetas rusos admiraba en aquella época?

BRODSKY: A Tsvietáieva, a Mandelstam.

VOLKOV: Usted dice que por aquellos años era un “joven soviético común y corriente”, pero Tsvietáieva y Mandelstam no eran en absoluto el “menú” estándar de aquellos años. ¿Cuándo leyó por primera vez a Mandelstam?

BRODSKY: En 1960 o 61, uno de los períodos más felices de mi vida. Vagabundeaba sin trabajo después de la temporada de campaña en una expedición geológica. Me emplearon en el Departamento de Cristalografía de la Universidad de Leningrado, en el Instituto de la Corteza Terrestre. Allí trabajé bastante, entre paréntesis. Les construí cámaras al vacío y algunas otras cosas. Todo como debía ser: con mis propias manos. Fue un trabajo interesante. Pero, en conjunto, aquello tenía cierta vis cómica. La jornada de trabajo en la universidad comenzaba a las nueve. Yo llegaba a las diez porque a esa hora abría la biblioteca, en la que me inscribí al segundo día de trabajar allí. Como era colaborador y no estudiante, tenía libre acceso a los libros y sacaba muchos. En particular, tomé dos de Mandelstam, *Piedra* (porque había oído algo acerca de ese título) y *Tristia*. Y por supuesto, quedé fascinado. En aquel momento, “El luterano” y las “Estanzas de Petersburgo” me produjeron una fuerte impresión y algunos versos se me quedaron profundamente grabados.

# ÍNDICE

DE KOMÁROVO AL VILLAGE

(por Ernesto Hernández Busto) / 9

RECUERDOS DE ANNA AJMÁTOVA / 15